que está encerrado en él, que es la carne de Cristo, su ánima santísima, su sangre preciosa, su divinidad y todos sus merecimientos; y ponderar cada cosa de estas por sí, es como partir espiritualmente el pan para comerle. Oh Redentor mio, pues yo como pequeñuelo no sé partir este pan, ni le tengo de comer sino es partido, pártemele con tu mano para que le coma con provecho, sintiendo muy por menudo lo que en él está encerrado.

PUNTO TERCERO

1. Cristo comulga á sus apóstoles.—2. La grande reverencia y luz interior de fe con que estos comulgaron.

1. Últimamente consideraré, cómo partido el pan, Cristo nuestro Señor le dió á sus apóstoles, diciendo: *Tomad, y comed, porque este es mi cuerpo.* En lo cual se ha de ponderar aquella palabra: *Diólo á sus discípulos.* ¡Oh qué dádiva tan preciosa en la cual les dió todo lo que era y lo que tenia de pura gracia, sólo porque es amigo de dar! ¡Oh caridad infinita! ¡Oh bondad inmensa, la cual aquí no se quiere á sí, para sí, sino á sí, para darse á nosotros! ¡Oh Dador liberalísimo, dáteme á ti mismo, pues yo tambien soy discípulo tuyo; y aunque no merezco tal don, pero bien sé que no le das porque le merecemos, sino porque eres bueno, y gustas darnos un bien tan grande, que excede á todo merecimiento.

2. Luego ponderaré cómo era tan grande la reverencia y estima que los apóstoles tuvieron de aquel divino Pan, por la luz interior de fe viva, que Cristo les comunicó, que si no les dijera: Tomad y comed todos, no se atrevieran á tomarle en sus manos, ni á comerle, y así fué menester que se lo mandase y les dijese: Tomad este Pan, y mirad que no os lo doy solamente para que le beseis, adoreis y pongais sobre vuestras cabezas, ó le guardeis como reliquias para vuestro consuelo, sino para que le comais y os sustenteis con él; y comed de él todos, ninguno se excuse por título de humildad, porque le doy para todos los que sois de verdad mis discípulos, y no solamente á los presentes, sino tambien á los que sucederán hasta el fin del mundo. Oh Amado mio, pues me mandais comer este divino manjar, yo le tomaré y adoraré, y despues le comeré por obedeceros y por gozar de vuestra dulce presencia, confiado que suplireis mi indignidad con la abundancia de vuestra misericordia y liberalidad.

MEDITACION XV

DE LA POTESTAD QUE CRISTO NUESTRO SEÑOR DIÓ Á SUS APÓSTOLES PARA HACER LO MISMO QUE ÉL HABIA HECHO, Y DE LA QUE TIENEN AHORA LOS SACERDOTES PARA CONSAGRAR, Y OFRECER EL SACRIFICIO DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

PUNTO PRIMERO

1. Caridad de Cristo en dar á los hombres potestad de consagrar el pan y el vino.—2. Su liberalidad en esto mismo.—3. Su humildad y obediencia.

Lo primero se ha de considerar, cómo Cristo nuestro Señor despues de haber instituido este santísimo Sacramento, dijo á sus apóstoles: *Haced esto en mi memoria* (1). Por las cuales palabras consta, que les

(1) Luc. XXII, 19, I Cor. XI, 24, Vide D. Th. 3, p. q. 82 a 1.

dió potestad de hacer lo mismo que él habia hecho convirtiendo el pan en su cuerpo, y el vino en su preciosa sangre, mandándoles así á ellos, como á los sacerdotes que les sucediesen en la dignidad sacerdotal, que hiciesen esto mismo, en la forma que él lo habia hecho.

1. Sobre este punto tan regalado ponderaré, lo primero, la infinita caridad de Cristo nuestro Señor en haber querido dar potestad sobre su verdadero cuerpo y sangre, no á los ángeles del cielo, sino á los hombres que viven en la tierra, para que ellos en su nombre, y representando su misma persona, puedan con verdad decir sobre el pan: Este es mi cuerpo, y en virtud de estas palabras conviertan el pan en el cuerpo de Cristo como el mismo Señor le convirtió, con tanta muchedumbre de milagros, que excede á los milagros de dar vista á ciegos, salud á enfermos y vida á muertos. Oh amantísimo Jesus, ¿qué más podias hacer de lo que hiciste por los hombres, dándoles una potestad, que excede á la dignidad de ángeles? Habias hecho al hombre poco menor que á ellos, constituyéndole sobre las obras de tus manos (1), y ahora le engrandeces más, dándole facultad para traer del cielo tu cuerpo y sangre, y ponerla en sus propias manos. Bendígante, Señor, por esta merced todas tus criaturas, y mi ánima con sus potencias se deshaga en tus perpétuas alabanzas. Amen.

2. Pero más hay que ponderar en la infinita liberalidad de este divino Señor, el cual no quiso limitar esta potestad á cierto número de personas ó á lugares y tiempos determinados, para que todos

(1) Ps. VIII, 6-7.

pudiesen gozar del fruto de su Sacramento con abundancia. Pudiera ordenar, que no hubiera más de un sacerdote en el mundo, ó uno en cada provincia ó ciudad; ó que los sacerdotes no pudieran consagrar, sino es siendo muy santos; ó que este Sacramento, como el cordero pascual, no se celebrara sino en un lugar señalado (1), y una vez al año; pero su liberalidad no quiso poner estas tasas, dando plena facultad de que hubiese muchos sacerdotes; los cuales, aunque fuesen malos, pudiesen consagrar en todo tiempo y lugar, cada dia y en cada iglesia y oratorio de cualquier aldea. ¡Oh largueza sin medida de nuestro Salvador! ¿Por ventura, Señor, no sabeis nuestra condicion, que si lo precioso no es raro luego lo tenemos en poco? ¿Pues por qué quereis haya tantos sacerdotes, con plena potestad de celebrar tan á menudo este venerable Sacramento? Pero vuestro amor es sin medida, y pasa por la desestima que los malos tienen de vuestros dones, en razon de hacer bien á los buenos, que usan bien de ellos. ¡Oh si todos sin tasa fuésemos largos en serviros, pues sin tasa sois largo en regalarnos!

3. Aún mucho más hay que ponderar en la infinita humildad y obediencia que Jesucristo nuestro Señor muestra á la voz y palabra de los sacerdotes; porque desde este punto se obligó hasta el fin del mundo de venir á la voz del sacerdote, cuando consagrase, sin dilacion ni tardanza, en cualquier lugar y hora que lo hiciese, y aunque fuese malo y consagrase con dañada intencion, y aunque fuese para pisarle y echarle en el fuego, pasando por todo esto por el bien de los escogidos. ¡Oh piélago inmensí-

(1) Exod. XII, 46.

simo de la caridad de Cristo! ¿Que es posible que obedezca Dios la voz del hombre, y no de hombre santo como Josué (1), sino perverso como Judas? ¿Y que se deje tratar de manos tan sangrientas y se sujete á tantas y tales bajezas? ¡Oh Señor, cuán amigo eres de humildad y obediencia; pues cada dia quieres darnos tan ilustre ejemplo de ellas! De este ejemplo tengo de aprender á obedecer á los prelados, en todo lo lícito que mandaren, aunque sean malos y mal intencionados, cumpliendo su mandato con obediencia puntual, pronta y perseverante hasta la muerte, sin cansarme de obedecer, como no se cansa Cristo de cumplir lo que una vez ofreció.

PUNTO SEGUNDO

Excelencia del sacrificio eucarístico: 1. Por lo que en él se ofrece, que es el mismo Hijo de Dios.—2. Porque causa con eminencia los tres efectos á que se ordenan todos los sacrificios, que son: *satisfaccion, accion de gracias é impetracion.*

Lo segundo, consideraré cómo en estas mismas palabras mandó Cristo nuestro Señor á los apóstoles, y manda á los sacerdotes de su Iglesia, que ofrezcan este sacrificio que instituyó de su cuerpo y sangre, debajo de estos accidentes de pan y vino, en lugar de los sacrificios de la vieja ley, ponderando la excelencia de este sacrificio y los bienes que por él nos vienen.

1. Lo primero, sacrificio es una ofrenda que hace el hombre á Dios, de alguna cosa que le agrada, para reverenciarle y honrarle, en reconocimien-

(1) Iosue x, 14.

to de su infinita excelencia y majestad. Pues ¿qué cosa se puede ofrecer al Padre Eterno más preciosa, ni que más le agrade, que su mismo Hijo, Dios y Hombre verdadero, de quien Él dijo: *Este es mi Hijo muy amado, en quien yo me he agradado?* (1). ¡Oh cuánto te debemos, Salvador del mundo, en habernos dado por Sacramento y sacrificio la cosa mejor que nos podias dar, que es á ti mismo! Y porque la ofrenda, aunque preciosa, no fuese desechada, por ser malo el que la ofrece, tú mismo quieres ser el principal oferente, como *Sacerdote eterno, segun el órden de Melchisedech* (2), ofreciendo este pan y vino celestial por mano de los sacerdotes terrenos.

2. Lo segundo, ponderaré cómo este sacrificio con eminencia es causa de los tres efectos para que se ordenan los sacrificios; es á saber: en satisfaccion por nuestros pecados, en hacimiento de gracias por los beneficios recibidos, y para impetrar de Dios los bienes que deseamos, temporales ó eternos. Para estos fines he de oir ó celebrar la misa, dilatando las velas de la confianza todo lo posible, pues para todo hay en ella fundamento, confiando que por medio de este sacrificio, aplacaré la ira del Padre Eterno, y pagaré las deudas de mis pecados, y alcanzaré las virtudes y dones que le pidiere, y con la caridad extenderé todo esto al bien de mis prójimos, así vivos como difuntos del purgatorio, pues á todos puede aprovechar, diciéndome á mí mismo, para avivar mi confianza: ¿Qué pecados habrá tan graves, cuyo perdon no se alcance con este divino sacrificio del cuerpo y sangre, que se ofreció en la cruz por todos los pecadores? ¿Y qué penas, por

(1) Matth. III, 17. — (2) Ps. CIX, 4.

nuestras graves culpas, no se pagarán con esta paga, ofreciendo las satisfacciones que nuestro Salvador ofreció para pagarlas? ¿Y qué bienes se pueden pedir á Dios, que no se alcancen por medio de tal ofrenda, en la cual sumamente se agrada? ¡Oh Padre Eterno, si tanto te agradó la ofrenda del inocente Abel, á quien mató por envidia su hermano Caín, mucho más te agradará la ofrenda de tu inocentísimo Hijo Jesus, á quien por envidia mató su hermano el pueblo hebreo, ofreciendo su vida para remediarnos con su muerte! Acepta, oh Padre misericordiosísimo, este sacrificio en remision de mis pecados, acéptale tambien en hacimiento de gracias, por los innumerables beneficios que de tu mano liberalísima he recibido, y por él te suplico me des aquí tu copiosa gracia y despues la vida eterna. Amen.

PUNTO TERCERO

1. El sacrificio del altar es memorial del que Cristo ofreció en la cruz.—2. Es un medio excelentísimo para mostrar nuestro agradecimiento por la pasion del Salvador.—3. Es un compendioso recuerdo de sus heróicas virtudes.

Lo tercero, consideraré cómo en estas mismas palabras encarga Cristo nuestro Señor á sus apóstoles, que hagan esto en su memoria, y especialmente en memoria de su pasion y muerte, ponderando cómo Cristo nuestro Señor ofreció dos sacrificios por nuestra causa.

1. Uno sangriento en la cruz, y otro sin sangre la noche de la cena, y éste quiso que fuese en memoria del otro, para que echemos de ver lo mucho que desea tengamos memoria de él y de su pasion

sacratísima, por el bien que de ella nos resulta; pues por esta causa instituyó este Sacramento y sacrificio, en que él mismo se queda entre nosotros para despertar esta memoria y movernos con ella á ejercitar los tres actos de agradecimiento, que son reconocer y estimar el beneficio, y alabar al bienhechor y hacerle algun servicio.

2. Para esto ponderaré, cómo nuestro Señor, siempre que hacia á su pueblo algun beneficio señalado, ordenaba alguna cosa en su agradecimiento, por lo mucho que nos importa serle agradecidos para recibir de él nuevas gracias. Y como este beneficio de la pasion, con los dones que de él proceden, no podia ser dignamente agradecido por los hombres, quiso suplir nuestra falta, haciéndose nuestra ofrenda, para que se la ofreciésemos por los dones que nos habia dado; y como ella misma es otro nuevo beneficio, no queda otro medio para agradecerla, sino frecuentarla con la memoria dicha, procurando asistir cada dia á este venerable sacrificio, y recibir espiritualmente este divino Sacramento, y á sus tiempos sacramentalmente. Oh dulcísimo Salvador, pues te quedas con nosotros para que tu presencia despierte nuestra memoria; concédeme que siempre me acuerde de ti, como tú te acordaste de mí, para que siempre te alabe, por los innumerables bienes que de ti recibo. Amen.

3. Últimamente ponderaré, cómo Cristo nuestro Señor quiere tambien que celebremos este misterio, en memoria de las heróicas virtudes que ejercitó en su vida y muerte, de las cuales es un vivo dechado este venerable Sacramento; porque como vino al mundo, no sólo á redimirnos, sino á darnos ejemplo de todas las virtudes, así viene al Sacra-

mento, no sólo á santificarnos, sino á renovar los mismos ejemplos, los cuales por ser presentes y continuos, mueven mucho á su imitacion. Y así puedo imaginar, que desde allí me está diciendo: *Ejemplo os he dado para que hagais lo que yo hice con vosotros; y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon* (1). Estas virtudes son la caridad, misericordia y liberalidad, la humildad, paciencia y mansedumbre, y la obediencia pronta y puntual, con perseverancia en todo esto hasta la fin del mundo, como se ha ponderado en esta meditacion y en las pasadas, para declarar todo lo que pertenece á este soberano beneficio. La imitacion de estas virtudes ha de ser uno de los principales frutos que he de sacar de estas meditaciones, suplicando á nuestro Señor me ayude á ponerlas por obra. Oh Dios de las virtudes, que hiciste de ellas un memorial, dándote por manjar á los que te temen; concédeme que de tal manera medite y reciba estos misterios, que imite tus esclarecidos ejemplos. Amen.

(1) Ioan. XIII, 15, Matth. XI, 29.

MEDITACION XVI

DE CÓMO CRISTO NUESTRO SEÑOR EN LA CENA DIJO Á SUS APÓSTOLES QUE UNO DE ELLOS LE HABIA DE ENTREGAR, Y CÓMO JUDAS SE SALIÓ PARA ESTO

PUNTO PRIMERO

1. La causa de esta turbacion de Cristo fué el hallarse Judas presente entre los demás apóstoles.—2. Dos fueron los motivos porque habló de la traicion de Judas: para que viesen que era Dios y conocia los corazones de todos; para mover al traidor á penitencia con tres poderosas razones: 1.ª Que no ignoraba su traicion.—2.ª Deshaciéndole el engaño en que fundaba su pecado.—3.ª Amenazándole con severo castigo.

Estando Cristo nuestro Señor sentado á la mesa con sus doce apóstoles, á deshora se turbó á sí mismo en el espíritu, y con gran sentimiento, dijo: De verdad os digo que uno de vosotros que está conmigo en la mesa, y con su propia mano come conmigo de un mismo plato, me ha de entregar á la muerte, pero el Hijo del hombre morirá como está determinado; mas ay de aquel por quien será entregado, mejor le fuera no haber nacido (1).

1. Sobre este punto se ha de ponderar: lo primero, las causas de esta turbacion y sentimiento interior de Cristo nuestro Señor, que fué por ver allí á Judas entre los suyos, hombre perverso, impenitente y reprobado; el cual, aunque era solo, bastaba

(1) Matth. XXVI, 20-21, Ioan. XIII, 21, Marc. XIV, 18-21.

para turbarle, entristecerle y aguarle el contento que allí tenia con tantos buenos y escogidos, no porque aborreciese la persona por sí misma, sino porque sumamente aborrecia su maldad, y en particular su abominable ingratitud, despues de haber recibido de él tantos beneficios. La cual quiso declarar su Majestad con gran ponderacion, diciendo: Uno de vosotros, á quien yo escogí por apóstol y descubrí mis secretos, y di potestad de hacer milagros, á quien he lavado los piés y dádole á comer mi cuerpo y á beber mi sangre, comiendo conmigo de un plato, y bebiendo de un cáliz, éste me ha de entregar á la muerte. Oh buen Jesus, ya no me espanto de que os turbeis á Vos mismo, tomando voluntariamente esta turbacion y tristeza, pues tan horrendo crímen como este es motivo de ella; pésame de la causa que con mis desagradecimientos he dado á vuestras tristezas, y con vuestro favor propongo enmendarme de ellos.

2. Lo segundo se han de ponderar, dos causas, que movieron á Cristo nuestro Señor, para decir estas palabras delante de los apóstoles. La primera, para que todos entendiesen que era Dios, y que conocia los corazones de todos y lo que contra él tramaban; y esta ciencia era una de las circunstancias que agravaba sus trabajos, y de ella se aprovechaba, no para vengarse de sus enemigos, sino para padecer más por ellos. La segunda causa muy especial fué, la compasion que tenia de Judas, deseando reducirle con las razones que allí le dijo, que fueron tres eficacísimas, para convertir á un pecador. La primera, avisándole que sabia sus ocultos pensamientos y malos tratos, y por consiguiente, que era su Dios y su juez, á quien nada estaba oculto. La segunda, deshaciéndole el engaño en que fundó su pecado; porque como arriba se apuntó, excusaba Judas su maldad, diciendo: que pues Cristo habia de morir entónces á manos de los judíos, poco daño era venderle para sacar algun dinero. A este pensamiento responde Cristo: El Hijo del hombre morirá, como está decretado; pero ¡ay del que le entregare! Como quien dice: El decreto de mi Padre, de que yo muera, no te fuerza á ti á que me vendas; libertad tienes para no hacerlo, y tuya es la culpa en quererlo hacer. La tercera fué, amenazarle terriblemente con decir: Mejor le estuviera no haber nacido, que cometer tal pecado, por el cual será condenado al fuego eterno, donde deseará no ser, por no padecer tales tormentos, y no le será concedido. Con estas tres razones tengo de moverme á temblar de cualquier pecado; pues ni puede ocultarse á Dios, ni atribuirse á otra causa, que á mi dañada voluntad; y es tan grave mal, que fuera mejor no ser, que hacerle y ser por él condenado.

PUNTO SEGUNDO

1. Tristeza de los demás apóstoles.—2. Caridad y providencia de Cristo en ocultar al traidor.—3. Solamente lo descubre al mismo Judas y á San Juan.

1. Lo segundo consideraré, lo que de aquí resultó en los demás apóstoles, y lo que Cristo nuestro Señor hizo en este caso. Porque primeramente *todos los apóstoles se entristecieron grandemente*, y preguntaron á Cristo nuestro Señor: *Maestro, ¿soy por ventura yo?* (1). En lo cual se descubre, cómo es de

(1) Matth. XXVI, 22.

buenas almas temer culpa donde no la hay, porque temen tanto el pecado, por el grande amor que tienen á Dios, que no querrian ver su sombra, ni oir que entre ellos hubiera rastro de él. ¡Oh quién tuviese tan entrañado en el corazon el amor de Cristo, que temblase de sólo pensar que puede ofenderle!

2. Lo segundo, Cristo nuestro Señor, con su acostumbrada caridad y providencia, no quiso publicar el traidor, porque todavía estaba oculto, y porque no fuese ocasion de que sus apóstoles se alborotasen contra él, dándonos ejemplo, así de encubrir los pecados del prójimo, aunque se hayan presto de descubrir, como tambien de quitar cualquier ocasion de discordia y alboroto en la comunidad donde estamos.

3. Solamente descubrió esto á dos personas. La una, fué el mismo Judas, que con desvergüenza grande, por encubrir su delito, preguntó como los demás, si era él (1). Pero Cristo nuestro Señor, sin indignarse, ni decirle injuria alguna, con grande mansedumbre y con voz baja, sin que los otros lo entendiesen, le respondió: *Tú lo dices*. Que fué decirle: Tú eres el que me ha de entregar, y por ti he dicho todo esto; á tiempo estás de arrepentirte si quieres, que yo te perdonaré. La otra persona, fué su querido Juan, que estaba reclinado sobre su pecho, para que fuese testigo de la caridad que usaba con Judas, y así le dijo: *Aquel es, á quien yo diere un bocado de pan mojado, y diósele á Judas* (2). Y es de creer se le daria con grandes caricias y muestras de amor, como una madre le suele dar á un hijo, ó un amigo á otro muy familiar y querido suyo; para

(1) Matth. XXVI, 25. — (2) Ioan. XIII, 26.

que se vea donde llegó la caridad de Cristo, que con haberse turbado y entristecido con la traicion de aquel hombre, no cesó de darle muestras de amor para reducirle á su amistad. Gracias te doy, Salvador amorosísimo, porque no te cansas de echar brasas sobre la cabeza (1) del que te aborrece, regalándole con tan amoroso bocado, para enternecer y ablandar su corazon.

PUNTO TERCERO

Dos castigos vinieron sobre Judas por su obstinacion: 1. La entrada de Satanás en él.—2. El quedar desamparado de Dios.

Lo tercero, se ha de considerar cómo el desventurado Judas tomó aquel bocado, pero con grande pertinacia y obstinacion en su propósito, como quien decia: Por más que me regales, tengo de venderte y sacar el dinero que perdí; y en pena de esta pertinacia, le sucedieron dos terribilísimos castigos.

1. El primero, fué permitir que tras el bocado entrase en él Satanás. Dos veces entró en Judas, como consta del Evangelio. La primera, para persuadirle que vendiese á Cristo nuestro Señor (2), á lo cual dió su consentimiento, como arriba se dijo. La segunda, para que lo ejecutase con diligencia, instigándole á que se saliese de aquel cenáculo y fuese á poner por obra la entrega que tenia tramada. Y esta fué en tomando aquel bocado de pan (3), para que se vea cuán peligrosa cosa es usar mal de los regalos de Dios y de las señales de amor que nos da; y por consiguiente, cuán peligroso es reci-

(1) Prov. XXV, 22. — (2) Luc. XXII, 3-4. — (3) Ioan. XIII, 27.

bir en mal estado el Pan de vida, mojado con la sangre preciosísima que en sí encierra, y se nos da en señal del perfecto amor que Cristo nos tiene. Porque en castigo de este atrevimiento y desagradecimiento, tras el bocado entra Satanás, y se apodera del corazon y le instiga á otros innumerables y abominables pecados.

2. El segundo castigo fué, decirle Cristo nuestro Señor: *Lo que haces, hazlo más presto* (1). Que fué como desampararle y dejarle de su mano, permitiendo que cumpliese su dañada voluntad, como quien dice: Hasta ahora te he detenido en mi compañía, y en este cenáculo, haciéndote muchos regalos y favores, para que te arrepintieses de tu pecado; mas pues no quieres, yo alzo la mano de ti y permito que vayas á ejecutar lo que deseas; y pues has de ir, ve presto, porque mayores ganas tengo yo de morir, que tú de entregarme á la muerte. ¡Oh caridad inmensa de Jesus! ¡Oh dureza endemoniada de Judas! Por mucho que Judas desea vender á Jesus, mucho más desea Jesus ser vendido y entregado á la muerte por salvar á Judas; mas cuando la maldad llega á resistir á la caridad, entra su hermana la justicia á vengar su injuria, y juzga que sea desamparado, quien con rebeldía no quiso ser curado, conforme al dicho del Profeta: *Curado hemos á Babilonia, y no ha sanado, desamparémosla* (2). Por tanto, alma mia, canta á tu Dios misericordia y juicio (3), para que si la misericordia no te aficionare á lo bueno, el juicio te aparte de lo malo, y recabe el temor del justo Juez, lo que no recaba el amor del misericordioso Padre.

(1) Ioan. XIII, 27. — (2) Ierem. LI, 9. — (3) Ps. C, 1.

PUNTO CUARTO

1. Con la salida de Judas del cenáculo quedó Cristo glorificado, porque con ella se purificó el colegio apostólico.— 2. Porque con esto se daba principio á su pasion, en que tanto habia de resplandecer la gloria de Dios.

Lo cuarto, se ha de considerar, cómo habida esta licencia permisiva, Judas se salió del cenáculo, y Cristo nuestro Señor dijo: *Ahora es clarificado el Hijo del hombre, y Dios es clarificado en él, y luego le clarificará* (1).

1. Por las cuales palabras pretendió enseñarnos dos cosas de mucho consuelo. La primera, que con la salida de Judas quedaba glorificado, porque su escuela y rebaño quedaba puro y santo, al modo que lo será el dia del juicio, cuando con grande gloria venga á juzgar, apartando los malos de entre los buenos y escogidos. De suerte, que como se turbó y entristeció de ver á Judas entre sus escogidos, así se gozó y glorificó de verle apartado de ellos. ¡Oh quién fuese tal, que pudiese glorificarse Cristo de tenerle en su santa compañía! No permitas, Señor, que lleguen á tanto mis pecados, que sea honra tuya echarme de ella.

2. La segunda fué, que con la salida de Judas se daba principio á su pasion, por la cual era glorificado, porque su gloria era morir por la gloria de su Padre, y Dios era glorificado en él y le glorificaria con milagros en la pasion, y luego con la gloria de la resurreccion. Por donde se ve con qué ojos miraba Cristo nuestro Señor sus ignominias, pues

(1) Ioan. XIII, 31-32.

las llamaba su gloria, y tambien con qué ojos mira Dios las ignominias de los escogidos, pues se glorifica en ellas, y por ellas los glorifica y honra con suma gloria, para que yo aprenda á gloriarme de padecer por Cristo, pues Cristo es glorificado en que yo padezca, y él me glorificará porque padezco. Por tanto, oh alma mia, gloríate con el Apóstol en las tribulaciones y en la cruz de Cristo (1), pues de ellas, y por ellas es glorificado Cristo, á quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amen.

MEDITACION XVII

DE LA CONTIENDA DE LOS APÓSTOLES SOBRE LA MAYORÍA, Y CÓMO CRISTO NUESTRO SEÑOR LES CORRIGIÓ Y AVISÓ DEL ESCÁNDALO QUE HABIAN DE PADECER AQUELLA NOCHE, Y Á PEDRO DE QUE LE NEGARIA TRES VECES

PUNTO PRIMERO

Contienda de mayoría entre los apóstoles. Cómo es corregida por Cristo.—1. Diciéndoles que en su escuela el mayor se ha de hacer como el menor.—2. Trayéndoles á la memoria la fidelidad con que le habian acompañado en sus tribulaciones.

En acabando Cristo nuestro Señor de decir, que ahora era clarificado, y que su Padre le clarificaria, luego brotó en los apóstoles un espíritu de ambicion y contienda sobre quién de ellos era mayor (2). En lo cual se descubre la viveza de esta pasion de

(1) II Cor. XII, 10, Galat. VI, 14. — (2) Luc. XXII, 24.

honra, la cual luego salta en cualquier ocasion; y los que poco ha estaban tristes por la nueva de que uno de ellos habia de entregar á su Maestro, ahora andan en porfías sobre quién privará mas con él, y quién seria mayor y más honrado. Cristo nuestro Señor luego atajó esta contienda, y la raíz de ella, diciéndoles.

1. Lo primero, que en su escuela se habia de proceder diferentemente que en el mundo y entre los reyes de las gentes; porque quien quisiere ser mayor, ha de procurar ser como el menor; y el que desea preceder á todos, ha de tratar de servir á todos, al modo que él estaba entre ellos, como siervo, sirviéndoles con humildad (1).

2. Luego añadió, para animarles á esto: *Vosotros habeis permanecido conmigo en todas mis tentaciones y tribulaciones;* pues perseverad en esto y no en pretender mayorías, porque *yo por testamento dispongo y ordeno daros mi reino, como mi Padre me lo dió á mí* (2), esto es, ordeno que entreis en mi reino por humillaciones y tribulaciones, como yo entré en él por ellas. Oh dulce Jesus, yo acepto el legado de vuestro reino, con condicion de la perseverancia en los trabajos por vuestro servicio. Ayudadme Vos á la perseverancia, porque no pierda la corona. De aquí sacaré, que si hubiese de tener algun modo de contienda con otros, no ha de ser sobre la excelencia, sino sobre la bajeza, deseando el postrer lugar y la sujecion á todos, porque este es el camino para ser mayor en el reino de Cristo.

(1) Luc. XXII, 26-27. — (2) Ibid. 28-29.